

MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERIODICO MENSUAL PINTORESCO.



SEGUNDA SERIE.—1867.

La oracion del niño.—Composicion de Sauvageot.

AÑO XXV. 1.

ESTUDIOS RELIGIOSOS.

LOS NIÑOS.

Visitando recientemente á Granada, vi un niño de seis años, un verdadero muchacho que parecia arrancado de un lienzo de Murillo, de ojos negros, espresivos, tostada faz, que estaba en frente de la catedral vendiendo fósforos á los pasajeros.

Seducido por su palabra, su gesto, su mirada, y sobre todo por su graciosa sonrisa, acepté su mercancía, y le di una peseta para que se cobrase. Sacó lentamente cuarto á cuarto de su bolsillo, que no contenía muchos, y cuando lo halló vacío se detuvo, y me miró y se sonrió; y aquella mirada y aquella sonrisa eran por sí solas un largo discurso.

—No tengo cambio y mucho menos vuelta de plata. Y no puedo pagarle si no me quiere vd. tomar mas cajas, ó si no quiere vd. fiarme, y se lo pagaré otra vez. Sea vd. compasivo y le quedaré agradecido toda mi vida, y no olvidaré jamás la generosidad de usted.

¡Cómo resistir á dejar á tan poca costa en Granada una eterna reputacion de desinterés y grandeza!

Yo le dejé generosamente la peseta por las dos cajas de fósforos que habia tomado, y me fui á admirar las antigüedades que encantan en Granada al viajero. Subí por la cuesta de los Gomeles á la Alhambra, visité los preciosos salones de encaje de oro, paseé por el Generalife, y al bajar á la alameda del Darro, vi un gitano de elevada estatura rodeado de gentes, y que metiendo sus desnudos brazos en un barreño de masa, y echando puñados de ella en una sarten, distribuía á los concurrentes por un cuarto tiernos y dorados buñuelos.

Entre aquel grupo estaba mi pilluelo de por la mañana tratando de vender sus fósforos, empero sin poder despachar tanto como su feliz rival el buñolero.

Acercóse á mí para dirigirme la palabra, pero conocíame al punto; levantó su gorrilla y me envió de nuevo su mas graciosa sonrisa, su mas fino y espresivo saludo.

¡V esta vez en su sonrisa y en su mirada habia todo un poema de gratitud y de reconocimiento!

—¡Ah! perdone su merced, decian su sonrisa y su mirada, perdone me haya equivocado y no se incomode. Esté su merced seguro de que le he reconocido, es uno de mis parroquianos, y esta mañana me ha tomado dos cajetillas y soy su deudor, y ya su merced ve que no he olvidado mi deuda. ¿Quiere su merced mas fósforos? Toda la hacienda está á su disposicion. Con que, hasta la vista, caballero, y que haya mucha salud y lleve buen viaje.

Jamás en mi vida he visto sonrisa mas elocuente, ni nunca he visto una mirada que diga tanto. Entonces medité en los niños.

I.

¡Ah, por qué se harán grandes los niños!

Es preciso, porque Dios lo quiere así. Envejecerán tambien, conocerán las pasiones y la lucha de la vida. Se verán lastimados por el amor, por la amistad, por las realidades, por las perdidas ilusiones. Padecerán por hacer el bien y por no hacerlo. Esa frente donde mora la paz y el candor

se arrugará, aunque no sea mas que á fuerza de pensar. Aquella confianza, aquella buena fé, aquella franqueza á toda prueba, aquel encantador aturdimiento dará lugar á la desconfianza, á la calculada y necesaria prudencia.

Desaparecerá la sencillez con la necesidad de conocerlo todo, el bien y el mal, el saber vivir. Esas rubias cabezas se oscurecerán, mientras encanecerán las nuestras. Entonces será la hora de cultivar esos jóvenes talentos que se despiertan, para ilustrarlos, amoldarlos, comprenderlos y distribuirlos la ciencia; empero gradualmente, con tacto y medida, sin atropellarse y rebajando con amor nuestras inteligencias y nuestra esperiencia á su nivel, así como nos bajamos é inclinamos para besarlos y acariciarlos.

Y despues crecerán todavia: palidecerán sobre los libros trabajando temprano en ese estudio cotidiano, incesante, sin el cual en nuestros dias el hombre no es nada, no puede nada, ni para nada vale.

Serán semejantes á nosotros y vivirán con nuestra vida, nuestras penas y nuestros goces, en lugar de sus penas y sus goces de niños.

Y se volarán una mañana del nido paterno y nos dejarán solos, como árboles secos despojados de sus ramas.

Así cuando veo crecer á los niños, quisiera poderlos detener, porque me digo temblando cómo saldrán los pobrecillos de esta vida!

Hoy cantan, juegan, sonrien. ¡Felices horas que jamás se pierdan!

Será preciso tambien que crezca ese lindo niño con su cabeza rubia, su apacible rostro y sonrosadas mejillas de querubín.

Su cutis es blanco, terso, parecido al de una doncella: sus garzos y rasgados ojos aterciopelados, y sus dos labios cual dos claveles abiertos á la brisa de la mañana. Limpida como un cristal su luminosa mirada, ora acaricia, ora pregunta, espresa á cada instante y á cada paso la sorpresa de la vida. ¡Qué fuego, qué vida, qué movimiento en sus ojos, qué atractivo que seduce y arrastra! Y esa risa clara y simpática, irresistible: y esas profundas tristezas, ese pobre corazón conmovido en aquel pecho que se agita, esas amargas lágrimas inundando su semblante y que parecen inagotables, y que una palabra, un beso, un dulce, una nada basta á secar, y esa confianza sin límites en los hombres y en las cosas, esa fé en todo cuanto sonrie, en todo cuanto brilla, y esos movimientos naturales y sencillos de una gracia y armonía incomparables!....

¡Oh niño, oh Manolito mío, quédate siempre pequeño! Duerme siempre con el sueño del ángel, puro cual la virginal azucena, tranquilo cual la superficie de un lago, brillante cual la estrellada bóveda del firmamento en una serena noche. Duerme con ese sueño que tan grato me es contemplar, ante el que se detiene uno pensativo, recogido y estasiado, como en presencia de una cosa santa, sobre el ara de un altar, ó del pesebre sagrado del Hijo de Dios durante la noche de Navidad.

Sonrie entreviendo los esplendores del Paraíso, duerme con las manitas juntas ó los brazos en cruz, parecido al divino niño de Albano, dormido sobre el madero santo de la redencion.

Tambien él jugaba con las palomas y los corderos y reposaba dulcemente su cabeza en el seno de su divina madre; empero cuando creció llevó su cruz, derramó en ella su sangre y dió su vida.

Cual él tú llevarás su cruz, y será crucificado tu corazón y subirás la senda del Calvario, hácia el que á cada hora te

adelantas, sin pensarlo, sin preverlo, con las manos cubiertas de flores y el corazón lleno de ignorancia. Se destrozarán tus pies y correrán sudores de sangre de tu frente en la agonía de tu alma.

¿Cuál será tu misión en este mundo? ¿cuál será la carga que sobre ti ha de pesar? Majistrado, armado con la espada de la ley ¿arrostrarás la responsabilidad del hombre que juzga a los hombres? Soldado, lanzado en medio de las batallas ¿vendrá una bala a destrozar tu hermosa y linda cabeza? ¿Vivirás en el campo ó en el centro de las ciudades donde se agolpa la muchedumbre? Solo Dios lo sabe. Ese corazón piadosamente modelado por tu madre, delicadamente abrigado por su ternura, ese luminoso candor del alma, esas manos inertes, esos labios de donde se escapa la oración de la mañana y de la tarde ¿durará? ¿que será de él? y de todo este pasado ¿conservarás siquiera la memoria?

Juega, canta, ríe, charla, ora y duerme en paz. No seas pues hombre, permanece niño!

Presto llegarán los días de la quebrantada fé, de las dudas del alma, de los dolores del corazón, de las burladas afecciones, de las olvidadizas amistades, del bien entrevisto y apenas bosquejado, de los ensayos inútiles, de las caídas, de los planes abortados y de la voluntad combatida. Llegarán los días de desaliento, de abatimiento, en que el desaliento y el cansancio se apoderarán fatalmente de la juventud, momentáneamente por lo menos, la postrarán en tierra, sin aliento, sin fuerza y sin ánimo, sin deseo de volverse a levantar y de recomenzar la lucha. Días de incurable fastidio de los que a nadie es dado sustraerse.

Demasiado presto llegará el instante en que despertado por la experiencia, sabrá tristes cosas del corazón de las personas que ama, tristes cosas también de su propio corazón.

Entonces leerá de corrido el largo capítulo de las ingratitudes humanas. Descubrirá que el egoísmo no reina únicamente en las almas que le rodean, sino que el egoísmo se halla igualmente asentado en el fondo de su alma, de la que se ha apoderado instalándose en ella, reemplazando la generosidad y la abnegación por esa seca indiferencia y brutal orgullo con que va a ver atormentar a los demás. No querrá creer en esto y se avergonzará, empero vendrá a caer ello, si por un esfuerzo desesperado no viene a hacerlo que solo es propio de un héroe ó de un santo mas bien que de un hombre.

Y llegará después no solo la hora de las equivocaciones, sino también la de las esperanzas realizadas, que hacen verter mas lágrimas que las esperanzas burladas.

Y después se levantarán las grandezas del sacrificio, y de la victoria, y del triunfo, y el mismo desfallecimiento, empero con las heridas y las manchas del combate. La victoria y el triunfo, empero ¡a cuán cara costa alcanzado! Después del combate el vencedor cuenta sus heridos y sus muertos, y por do quiera se oyen quejas y lastimeros ayes, y se ven cuerpos destrozados, y miembros esparcidos y cubiertos de sangre.

Sobre el otro campo de batalla también, la batalla de la vida, ¡cuántas heridas, muertos y sangre no hay! ¡Cuántos nobles pensamientos perdidos y sepultados! Y ¿qué ha sido del preciado bagaje de las alegrías y de la paz? ¿Podrá salir intacto el corazón de la lucha? ¿No quedará menos lastimado y entristecido? Y todavía callo esos dolores discretamente ocultos a las miradas de todos, esas miserias que ignora el mundo y que solo se muestran a Dios.

Guarda siempre, niño, tus sonrosadas mejillas y tu frente sin arrugas, permanece siempre pequeño!

Mas pues que a costa de vuestra dicha habeis de crecer, oh niños, pensad, obrad, amad y padeced, y que el Divino Niño y su Madre Santísima os amparen.

Hay desgraciados a quienes Dios arrebató estos ángeles. A mi no me es dado espresar la inmensurable tristeza y la inconsolable desesperación que encierra una cuna vacía, donde ha descansado un niño y que ha muerto!

Muchas veces he visto pasar por debajo de mis balcones al cura con la cruz. Conducía a los párvulos al cementerio, cuya tierra debía de ser su cuna, y mi corazón se hacía pedazos. Sin embargo, los niños eran felices. Iban al paraíso, donde permanecerán siempre niños. Allí encontrarán angelitos que serán sus amigos, que jugarán con ellos durante toda una eternidad, y jamás conocerán el llanto y la tristeza, patrimonio de este valle de lágrimas.

Mas ¡ay! a los que aquí quedan ¿quién los consolará, pues que sus ángeles han volado al cielo? ¿A quién dirigirán sus pasos, sus afectos los que aquí en el mundo fueron sus padres? ¿Para quién trabajarán y se afanarán ya? Y sus madres que desean seguirlos, ¿cómo vivirán?

Aun todavía este dolor no es el mas grande, el mas irremediable dolor. Otros hay que los sobrepujan, y mas inconsolables. Esos jóvenes que han llegado a vivir y crecido rodeados de los consejos y de los ejemplos con que se forman los hombres, cuando eran niños eran la gloria de sus madres y la envidia de los demás. ¡Cuántas esperanzas colocadas en aquellos seres queridos! ¡Cuántos cuidados, cuánta abnegación, cuántas vigiliat, angustias é inefables ternuras, y cuántas oraciones!

¡Cuánta vigilancia en apartar al enemigo y dar a su espíritu el alimento que constituye los fuertes, y para dirigir a sus tiernos corazones con los preceptos viriles que forman los héroes del deber!

Y ahora miradlos, enervados por todas las malas pasiones y sin fuerza para conservar ni una sola. Espíritus ociosos y falseados, almas degradadas, ánimos abatidos sin lucha, cuerpos enfermizos, corazones vacíos que se consumen y mueren de fastidio. Lo bello, lo bueno, hasta el mismo mal los fastidia y cansa. No sienten impulsos ni aun para el mal.

Se rien de la virtud que lucha, de la convicción que acompaña a los sacrificios, de la honradez que se ve forzada a mantenerse a la sombra y retirada, y de la pobreza que guarda y que mantiene su dignidad.

No tienen fé alguna ni en nadie, ni en nada. Esas creencias tan consoladoras que su madre con el Catecismo en la mano les enseñaba sentándolos sobre sus rodillas, las tienen amortiguadas y agonizantes, y si aun les queda una chispa de fé, la tienen en su alma pervertida vacilante, casi imperceptible, cual una débil lámpara sobre un sepulcro.

Para reanimarla, para hacerla revivir necesarios serian los golpes inexorables de la suerte, desgracias materiales, solo a éstas son sensibles, y en aquel instante ¿quién sabe si se habrá ya apagado enteramente la llama?

Envejecen, y en torno de ellos nada hallan, nada encuentran, porque en la vida solo hay lo que en ella se ha puesto.

Si esto ha de suceder, si tal debe de ser el triste porvenir de los niños que tanto amamos, pidámosle a Dios que no vivan. Tomad, Señor, mis niños, mi alegría, mi consuelo, mis riquezas, mi fin, mi esperanza. ¡Os lo pido como una gracia, tomadlos! Que su cuna quede vacía, que los conduzca

el sacerdote al cementerio, haced de ellos unos ángeles y que nunca sean hombres, porque serian hombres degenerados y degradados!....

Con este artículo damos la copia de dos lindos cuadros, el uno composicion de Mr. Sauvageot, que representa la oracion de un niño, y el otro el del Niño Jesus durmiendo sobre la cruz, uno de los mas célebres cuadros de Albano.

Feliz idea fué la del artista en reunir Belen y el Calvario, y mostrarnos descansando en paz sobre la cruz al niño que debía un dia concentrar tantos dolores y padecimientos. ¡Qué diferencia entre este pacífico sueño y los tormen-

tos de su horrible suplicio! ¡Entre esta gracia infantil y las contracciones de la muerte! Todo es risueño en éste cuadro, y sin embargo todo es triste. La cara del Niño Jesus está llena de gracia, la sencillez, el candor, la misma sonrisa brillan en su semblante; empero una cruz le sirve de cuna, se ve en lontananza una ciudad que embellece el paisaje; empero es Jerusalem, sobre la que llorará el Salvador del mundo, y que se estremecerá al lanzar en su agonía el último suspiro.

El carácter principal del talento de Albano es la gracia y la dulzura, que hubiera podido emplearla en una escena



El niño Jesus durmiendo sobre la cruz.—Copia de Albano.

terrible de la Pasión. Ha recurrido á la alegoría, y ¡su inspiracion no ha quitado ni amabilidad á su talento, ni frescura á su colorido. Es fama y comun tradicion, que hemos oido en Florencia, en cuyo museo se halla este precioso cuadro, que es el retrato de uno de los muchos hijos que le habia concedido el cielo, y que todos eran de una notable belleza.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECRETOS DE UNA CASA VIEJA.

PUBLICADOS POR UN TESTIGO DE VISTA.

Entre las infinitas viviendas donde la miseria oculta su aspecto desconsolador, avergonzada de una condicion que sabe ocasionarla numerosas humillaciones, hay una en la

cual por circunstancias especiales hemos penetrado con frecuencia, recogiendo á la par de amargas sensaciones y tristes desengaños, la sencilla relacion de que trasladaremos los hechos sin alterar la verdad, aunque privados de su interés natural que nunca sabremos comunicarnos.

Es de tan sublime grandeza el infortunio sufrido dignamente que ni los mayores genios han sido capaces de pintarle con sus colores naturales. Muchos sin adquirir tanto renombre igualaron á Catón dándose muerte por no adornar el triunfo de su enemigo, pero el modelo de Silvio Pellico sufriendo sin exhalar una queja las persecuciones mas injustas solo puede buscarse en la cima del Calvario.

Dejaremos en claro el número de la casa de que venimos tratando; baste saber que se halla situada en una de las últimas calles de la parte mas elevada de Madrid.

Allá por los años de 1500 debió ser un palacio aislado, ó mas bien el apeadero de algun señor distinguido, en sus expediciones de montería, que por aquellos sitios abundaban entonces en gran manera las fieras y alimañas, pero

con el ensanche sucesivo de la poblacion perdió su objeto é importancia primitiva quedando abandonada, en cuyo estado permanece con respecto á obras de ornato y embellecimiento.

Sus paredes construidas de ladrillo, han resistido firmes á la indiferencia de sus dueños, aunque las ventanas sin vidrios ni aun maderas, el cancelon hecho pedazos, el umbral de piedra sacado de quicio, la puerta principal desvencijada, rota y sin cerradura, y por fin, toda la fachada sin indicio de haber trabado relaciones hace infinitos años con la llana del albañil, ó la brocha del revocador, dejan presentir el desolado aspecto que ha de encontrar el que por su interior penetre.

Un portalon ahumado á cuyos lados se abren como las bocas de cuatro cavernas estrechas, altas y negras, da ingreso al patio, que pudiéramos llamar corraliza, de donde parten nada menos que siete ramales de otras tantas empinadas escaleras que dan trabajosa subida á los departamentos interiores.

Nada ocupa su lugar en aquel desbaratado edificio. Algunos cantos mal trabados, pedazos muy raros de ladrillo y un barro fétido y pegajoso cubren el pavimento. Pasando de allí todo es oscuridad, revueltas, encrucijadas imposibles de recorrer sin luz artificial, ó la mucha práctica adquirida por los infelices habitantes de los cuatro pisos en que divide su altura el ruinoso caseron.

Los escalones crujen estremeciéndose bajo el pié que por ellos asciende, cual si los viejos duendes albergados en cada trozo de madera lanzasen gritos de rabia y sentimiento bajo el peso que los oprime.

En unas crujías larguísimas, lóbregas, como de un metro de anchura, encontraremos la entrada de infinito número de madrigueras, donde viven á despecho de la naturaleza, una porcion de familias humanas.

No quisiéramos haber llegado á este punto, mas una vez que nos encontramos en él hemos de presentar la verdad cual la vieron nuestros ojos, pues fuera delito disimularla cuando de materia tan grave se trata.

Una generacion especial, con sentimiento lo decimos, de gente de facciones hoscas, cabellos crespos, ojos hundidos y espantados, os acosan desde la entrada, especialmente si vuestro traje indica alguna sombra de cultura: infinidad de perros de raza estrambótica y sin nombre, tiesas las orejas y enseñando los colmillos manifiestan su cólera á vista del inusitado huésped con ladridos y acometidas amenazadoras, que no se calmarán hasta mucho despues que os hayan perdido de vista, mientras algunos muchachos casi desnudos contemplan vuestra persona con mirada estúpida, en tanto que los mas audaces dirigen al forastero brutales apodos, le tiran piedras ó procuran mancharle el vestido, blanco principal de su ojeriza.

Aun antes de penetrar en el zaguán se advierte un olor acre, cuya nauseabunda influencia domina por completo á medida que se adelanta en los pasillos sin ventilacion ni claridad, donde lo mortífero de la viciada atmósfera reina sin medio que la neutralice, ejerciendo su influencia con especialidad sobre los niños, tan propensos á contraer enfermedades terribles que legarán á sus descendientes, si acaso no pierden por completo la facultad de reproducirse.

En efecto, las erupciones cutáneas, las oftalmias, las escrófulas, consecuencia de la sangre empobrecida por carencia de aire libre, espacio en que desarrollarse y un alimento reparador, tienen reducidos á una holganza forzosa, que llegará con el tiempo á serles habitual, á todos los pe-

queños pobladores de aquella infecta sentina. ¡Infelices! todavía no ha de ser esta la mayor de sus desventuras.

Si pasásemos de la enumeracion de los males físicos á trazar un bosquejo nada mas, del estado lamentable á que se halla reducida su inteligencia ¡cuán horrible diseño podríamos ofrecer á la vista del filósofo cristiano! Veríamos á la niña inocente, á la doncella de pocos años, revuelta en el mismo lecho matrimonial de sus padres por falta de cama y aposento separado; al tierno párvulo asistiendo á las escenas de crápula de los hombres curtidos algunos en el vicio, escuchando sus conversaciones, quizá tomando parte en ellas y procurando poner en práctica las lecciones aprendidas mucho antes aun de ser capaces de comprenderlas, y acabaríamos por último haciendo resaltar la monstruosa perspectiva de una porcion del linaje humano sin idea ninguna del bien y del mal, animada solamente por un aborrecimiento profundo é irreflexivo hácia cuanto encierra en sí mismo un principio de mérito superior, ya sea en gerarquía, en carácter, en belleza, en ilustracion ó en autoridad.

A nadie debe culparse de miserias tan fatales: son aneas á las ciudades populosas y jamás se logrará extinguirlas; pero tambien es cierto que si cada uno de nosotros pudiese un poco de su parte, disminuiría en gran manera la intensidad del mal. En la misma casa cuya descripcion tanto nos ocupa, hemos visto ilustres damas de la mas elevada aristocracia repartiendo consuelos y socorros materiales, y á su presencia todo mudaba de rumbo; el respeto y la consideracion las acompañaban, sus saludables instrucciones eran escuchadas con afectuoso interés; solo carecian de suficiente número de colaboradores que secundasen su piadosa tarea en los muchos pormenores vedados á la delicadeza de su sexo. Pero auxiliares celosos, animados de verdadero espíritu evangélico sin mezcla ninguna de filantropía, moneda falsa de la caridad, segun la define un escritor célebre; almas fuertes preparadas á sufrir impávidos la ingrata correspondencia, burlas, trabajos inútiles, y calumnias afrentosas, reservadas por lo comun á los que observando las palabras de Jesucristo consideran la persona del Redentor en cada uno de sus pequeñuelos.

Así lo practican las benéficas señoras de que llevamos hecho mérito, al trocar gustosas el pulcro regalo de su tocador por el repugnante espectáculo de la miseria bajo todas sus fases, y en ellas se verificará el cumplimiento de la promesa del Divino Maestro: Tú serás salvo, puesto que salvaste á tu prójimo.

Nos hemos estendido en lo que va escrito con pesar, si bien deliberadamente, porque deseamos llegue á noticia de muchos que lo ignoran y pueden acudir á remediarlo algun tanto. Sepan desde luego que existen infinitos albergues parecidos al que acabamos de pintar, donde respiran la muerte en cada latido del corazon, multitud de familias á quienes tenemos obligacion moral de socorrer si han llegado á tal extremo por injusticia de la suerte, y de enseñar cuando la ignorancia es causa de su mal estado.

Algo de esto, muy poco, se dejó traslucir cuando en 1865 la invasion misteriosa, como siempre, del cólera morbo, hizo pensar en oponer un dique á sus progresos, pero el terrible azote pasó tan desconocido como vino, y aquellos esfuerzos hijos de circunstancias especiales, cesaron con el mal, entregándonos á nuestra indolencia acostumbrada, como si el pauperismo de bienes é inteligencia no hubiera causado mas victimas en el universo que todas las epidemias conocidas.

Y con esto, sin pasar adelante en consideraciones que serian interminables, daremos principio á la relacion, encabezada de una manera tan diferente de como nos propusimos.

Hace algun tiempo que obligada por calamidades enlazadas de una manera fatal, vino á ser inquilina de uno de los deteriorados cuartos de la casa cuya descripcion nos ha dado asunto para tan largo proemio, una señora de bastantes años, acompañada de su hija, niña de poco mas de diez y ocho años; flor de límpida pureza, acariciada en su principio por los templados céfiros orientales para mejor sentir los recios embates del aquilon, que la estaban reservados en lugar del perfumado ambiente que mecía sus primeros brotes.

Su padre, hombre honrado y caballeroso, depositó su pingüe caudal en poder de un comerciante en quien fiaba con extremo; tanto que cuando llegó á saber que su amigo comprometido en especulaciones desgraciadas, estaba próximo á declararse en quiebra, casi olvidó su propia desdicha por consolar á quien juzgaba desesperado, y lejos de aumentar su dolor profundo puso á su disposicion los escasos recursos que le restaban, aunque bajo promesa de que servirian al daño de remedio positivo, y le seria devuelto el capital con intereses tan crecidos, que temió ser motejado de usurero y rechazó la proposicion, formalizando el contrato bajo condiciones mucho menos onerosas para su desgraciado amigo.

Sin embargo de tanta generosidad, la catástrofe no pudo evitarse: se consumó la ruina de entrambos, abandonando el comerciante su escaso haber á los acreedores para ocultar despues su vergüenza donde nadie volvió á saber de él.

Don Carlos, así se llamaba el padre de Carmen, animado por su esposa toleró al pronto su desgracia con bastante fortaleza, mas al fin le faltó el valor al contemplar las escaseces á que ya se hallaban sometidas aquellas prendas de su cariño, vió la pobreza asomar su frente descarnada, contó el séquito que suele seguir su huella; el desprecio, la fatiga, el envilecimiento, las humillaciones, el hambre á la postre que las autoriza y disculpa, y queriendo luchar para evitarlas cayó vencido y murió abrumado por el trabajo y el sentimiento.

Fácil es imaginar cual quedarían dos mujeres acostumbradas á vivir con regalo al fallecimiento del que fué su apoyo. La penuria comenzó muy pronto, y arrojadas sucesivamente de uno en otro retiro donde procuraban conciliar su falta de medios con los hábitos de limpieza y decoro, que nunca olvida por lo comun el pobre bien educado, tuvieron á gran fortuna encontrar el miserable zaquizami donde vamos á presentarlas.

Aunque el nombre de doña Paz, que llevaba la viuda, tuviese notable analogía con su carácter resignado, no pudo menos de alterar su salud el cambio de situación, añadido á la pérdida de su noble compañero de matrimonio, á quien lloraba como victima sacrificada en cumplimiento de los deberes de padre y esposo.

La traspasaba el corazon ver á su hija pasar las noches en claro, inclinada sobre una mesilla de pino, procurando al escaso resplandor que la proporcionaba una fétida vela de sebo, terminar el bordado cuyo precio habia de suministrar el parco desayuno de entrambas, y esto sin tregua ni solaz, porque al amanecer el dia era preciso seguir la tarea alumbrada por el amortiguado rayo de luz que penetraba difícilmente por la ventana de un pie cuadrado abierta cerca del techo, sopena de carecer del pan necesario.

Es verdad que Carmen no dejaba conocer la menor sombra de impaciencia en medio de sus privaciones, pero cómo tener oculto á la tierna solicitud maternal los ojos enardecidos por las vigiliás, el tinte amoratado de los párpados y la demacracion general que iba sustituyendo á la mórbida redondez de sus bellas formas juveniles?

Doña Paz observaba estremecida irse apoderando de su hija ese ahilamiento fatigoso, enemigo encubierto de la juventud agitada en demasia, que á paso lento, sin dolor en un principio ni notable incomodidad, va desarmonizando el organismo hasta presentarse incurable, rápido en sus efectos, aterrador en sintomas y terminacion. ¿Pero qué hará la madre sin ventura? Ni aun el consuelo de llorar la queda, porque su llanto añadiría nuevo tormento á las penalidades de la niña, y aliviarla en su labor tampoco le es dado, pues ya lo intentó en vano en otras ocasiones.

¡Ah! padecer en silencio es un tormento superior á cuantos pueden imaginarse; si el ciego gentilismo hubiera podido imponerle á los primeros mártires, Satanás habria experimentado cuanto regocijo es posible sentir en el Averno. Por eso la sufrida señora se rindió á la fuerza del sentimiento y cayó enferma presa de un delirio espantoso, en el cual reveló á Carmen cuantos pesares habia ocultado con tanto esmero.

Una noche plácida y serena, no tempestuosa y oscura como suelen ser todas las de novela sentimental, (creo que se festejaba en ella la víspera de San Juan); las gentes reían y tocaban alegres músicas, mientras la jóven, anhelante al lado del miserable lecho de su madre, seguía con otros tantos estremecimientos del alma los acelerados compases de su fatigosa respiracion. Sus ojos secos y brillantes parecían próximos á estraviarse; los labios, convulsivos, balbuceaban algunos sonidos, hasta que se la oyó pronunciar con voz sorda y gutural:—Nada, nada; ningún recurso;—Entonces fijó la vista en una pequeña estampa del Salvador colocada á la cabecera, y leyó como por instinto la siguiente inscripcion puesta á su pie:—*Venid á mí, los que os hallais afligidos, y yo os consolaré.*

A la manera del que cercado de implacables enemigos, encuentra un refugio inesperado donde hallar asilo y seguridad; como el náufrago al rozar las arenas de la playa que su turbacion le pintaba distante, sienten cambiado en gozo la pena que les ahogaba, así para Carmen fueron las divinas letras un faro celestial, que dirigiendo su esperanza hácia el origen de todo bien, avivaron el fuego de la fé, casi amortiguado en su pecho por la congoja, haciéndola recordar la solicitud del Padre universal en favor de los desgraciados, cuando estos acuden á Él como única fuente de verdadero consuelo.

Cayó de rodillas ante la divina imagen; dos raudales de dulces lágrimas inundaron sus mejillas; le pareció en su inocente devocion que una sonrisa paternal animaba el rostro del Señor, y la desamparada niña al querer elevar al cielo una plegaria, solo acertó á decir con voz temblorosa:

—Piedad, Dios mio; he sido culpable en olvidaros: acepto sometida el castigo que me imponga vuestra justicia, pero salvad á mi madre.

Terminada esta corta oracion se levantó fuerte y tranquila, cubrióse la cabeza con su deslucido y único manto, besó á la enferma con apasionada ternura, abrió la frágil puerta, que cerró luego lo mejor posible, y bajando con prisa la empinada escalera salió á la calle, donde la serviremos de compañeros en averiguacion del origen y término de tan estraña correria.

II.

Con paso ligero atravesó Carmen desde el barrio apartado en que vivía hasta llegar á una de las principales calles, donde penetró en el edificio mas lujoso, ya que no mejor construido, de toda ella.

Cruzando un estrecho patiecillo, al que sus propietarios daban con énfasis el título de parque á la inglesa, llegó á un tránsito de no mayor anchura, que formaba con el anterior la figura de una T, por el cual las señoras hacían pasar con dificultad los veinte ó veinticuatro metros de tela de sus trajes, pero muy charolado, alumbrado con gas y vigilado por un matrimonio gruñón y un perro ladrador, dispuestos cualquiera de ellos, ó los tres en comandita, á manifestar que no en valde llevaban fama de mal genio, al que les tratase con buenos modos ó no indicara ser persona de respeto para el dueño de la casa.

Algunos dimes y diretes tuvo Carmen con los guardianes del primer recinto, quienes alentados por lo modesto de su traje, la hicieron sufrir bastantes desahogos de su humor atrabiliario; mas al cabo era tan sencillo y amable el aspecto de la jóven, que se contentaron solo con hacerla conocer su desdenosa superioridad y la dejaron pasar al cuarto principal, donde habitaba el señor don Tadeo Garduña.

Junto á la puerta de la izquierda se leía con grandes letras negras en una plancha de metal: *Entrada para los criados*. Modificación reciente hecha por el Creso popular, inquilino de aquel piso, para desvanecer ciertas hablillas acerca de su ruin origen, que le molestaban sobremanera desde que la clase humilde dejó de ser necesaria para su engrandecimiento. Sin detenerse Carmen llamó en la entrada que se vedaba á las gentes del servicio doméstico, y después de haber dicho su nombre y preguntado por la señorita Eufemia, la introdujeron en una antesala, donde á poco rato apareció, radiante de riqueza y orgullo, la hija de don Tadeo.

—¿Tú por aquí á estas horas después de tanto tiempo? dijo á Carmen sin sentarse ni convidarla á que lo hiciese. Yo creí que no saldrías sola de noche. Pero ya comprendo ¡onta de mí! añadió con ironía, irás sin duda á tomar la ver-bena y antes has querido poner á contribucion algunos conocidos; porque no vienes á otra cosa, ¿no es verdad, Carmen? ¡Qué mudanza tan completa se ha verificado en tí! Pero no te arrepientas, nada de eso, porque no hay duda que la vida de los pobres es alegre é independiente, y si continuas aprovechando el ejemplo de las personas entre quienes vives.....

—¿Eufemia, por compasion, repuso Carmen cruzando las manos, ten un poco de piedad hácia una compañera de tu niñez, tan desgraciada que ni aun conserva la facultad de ofenderse por las espresiones con que acabas de humillarla! Mi madre se halla enferma de peligro, y el médico de la beneficencia que la asistía ha recetado una medicina demasiado costosa antes de manifestar su intencion de no volver. Cada momento veo crecer el mal en intensidad, y yo nada puedo hacer privada de recursos, aun suficientes para suministrar á la enferma el escaso alimento que necesita.

—¿Y solicitas sin duda, interrumpió Eufemia, que yo te proporcione el dinero que te falta? Pues, amiga, disimula te recuerde que has procedido con mucha torpeza. Debes entender que sin conocimiento de papá no me es lícito disponer de cantidad alguna.

—Es cierto, sí, respondió la jóven suplicante aturdida con los insultos de la que se vengaba de manera tan villana del

papel inferior que representó en mejores tiempos al lado de su victima; tienes razon, soy muy torpe, mas perdona mi distraccion, é intercediendo á favor mio con tu padre desempeña el oficio de los ángeles encargados de presentar á la Suprema Bondad las plegarias de los que lloran. ¡Piedad, Eufemia, piedad para mi anciana madre! no es una gracia, es una limosna la que pido á tus piés.

—Vaya, contestó la orgullosa hija de don Tadeo, conmovida á su pesar, bien dicen que pobre importuno alcanza mendrugo; ven y hablarás á mi papá; así despacharemos pronto, pues él no andará en tantos miramientos como yo.

Entraron con efecto al despacho de Garduña, el cual se hallaba dictando á un escribiente, al parecer cosa de importancia, pues no interrumpió su trabajo para escuchar la peticion de Carmen que le relató Eufemia, aunque sin abandonar el aire desdeñoso que habia tomado desde un principio. Después de haber terminado siguió algun rato como si tal cosa hubiera oído, ocupado en su tarea, y cuando le pareció bien cruzóse de brazos y prorumpió cabeceando atrás y adelante sin mirar á ninguno de los presentes:

—¡Pues me gusta el asunto! A este paso será necesario entregar uno su caudal á los pobres y echarse tambien á vivir á costa de los demás.

—Señor, por la memoria de mi padre; en nombre de la cordial amistad que siempre ustedes se profesaron, añadió Carmen en el colmo de la afliccion.

—¡Voto al diablo con el llanto de la chica! Hubiera sido mas oportuno, dijo impaciente Garduña como hablando consigo mismo, inclinar á su tiempo el ánimo de mi descuidado amigo á escuchar mis advertencias cuando le decia: don Carlos, no se fie vd. de nadie; tenga presente que solo vale uno tanto como tiene: emplee sus fondos en el acopio de granos, que ahora se dan casi de valde y el año amenaza ser estéril, ó sino dedíquese á los préstamos sobre fincas rústicas, por supuesto á retro-venta ó con hipoteca de doble valor, negocio que bien manejado hará producir á su capital un sesenta por ciento; mire que cualquier otra especulacion rinde poco y con riesgo. Pero nada, predicar en desierto; al punto me salia con escrúpulos de conciencia ó preocupaciones caballerescas que apestan de puro rancias, y después de haberlo perdido todo y muerto á fuerza de necio dejando á su familia sin un cuarto, viene su linda hija á que yo remedie la falta de prevision del autor de sus dias, como dicen en las comedias: pues, amiga, no estoy en ánimo de hacer el primo; para esos casos se han establecido las casas de socorro: en la de tu distrito te darán lo necesario.

—He recurrido á ella, señor; pero con arreglo al caritativo objeto de su fundacion, solo ha podido suministrarme los primeros auxilios.

—Y bien, ¿qué mas quieres que hagan?

—¡Ah! Nada; Dios bendiga su celo: á mí, favorecida por las buenas almas, es á quien le resta mucho que hacer en una enfermedad que será larga y de peligro.

—Pues no comprendo que se pueda hacer otra cosa sino llevar tu madre al hospital; como no reserves para el último extremo apelar á recursos extraordinarios, que no te faltarian si los buscases.

Un profundo silencio siguió á las cobardes y mezquinas palabras de don Tadeo; éste se reía con insolencia mirando el rostro de Carmen embellecido con la emocion que siempre comunican las grandes pasiones escitadas: la jóven comprendió, sin entenderlo, que se le habia lanzado un insulto aun mas infame que los anteriores; Eufemia hacia alardes de pudorosa cubriéndose la cara con el abanico, y

el amanuense casi apoyando las narices en el papel para ocultar su cólera, rasgueaba desesperadamente moviéndose en la silla cual si fuera un asiento de ortigas.

—¿Yo separarme de mi querida madre? exclamó la niña al cabo de rato irguiéndose altiva, ¿dejarla padeciendo en poder de manos extrañas, por recomendables que sean, y no saber si vive ó muere? ¡Oh, jamás; no lo consentiré nunca!

—Menos humos, señorita, y sacará mejor partido, porque la primera cualidad necesaria para un pobre es aprender á serlo, olvidando esos arranques de orgullo hasta tener en qué fundarlos.

—Lo que yo necesitaba aprender y vd. acaba de enseñarme, es que solo debo esperar socorro de la Providencia divina, la cual me dará esfuerzo para seguir cumpliendo los penosos deberes de mi triste situación.

—Sí, sí, fíate en la Virgen y no corras; ¡qué buenas son todas esas alicantiñas para entretener el hambre de los que llevan el bolsillo forro con forro! Apuesto que al salir á la calle encuentras una bolsa repleta de pesos duros en premio de tu confianza y vuelves á casa tan fresca y socorrida.

—Volveré compadeciéndome de vd., señor don Tadeo, á pesar de sus caudales, y rogando á Dios le perdone el mal que me ha causado esta noche.

Diciendo esto abandonó aquella estancia maldita, donde á mas de no socorrerla, se hacia escarnio de la pobreza.

¿No es cierto, amigo lector, que juzgas exagerada la escena que acabo de presentar? Apruebo tu incredulidad pues indica un corazón sano ageno de concebir haya nadie podido cometer semejantes bajezas, y al mismo paso te doy la enhorabuena, pues tu falta de crédito indica también no las has presenciado ó sabido con certeza de igual índole; pero en cuanto á las referidas te aseguro que se hallan muy distantes de parecerse á los modelos de insolencia en este género que pudiera presentarte, á no ser por la repugnancia que llevan consigo.

III.

Agobiada por lo excesivo de su pena, combatida de cruel incertidumbre, regresó Carmen á su vivienda atravesando para ello mucha parte de la bulliciosa población, cruzada en todas direcciones de regocijadas cuadrillas que, tañendo sonoros instrumentos, según antes hemos dicho, ó bien encaminándose á los bailes anunciados en diferentes sitios, profanaban la víspera del Bautista entregándose á diversiones mas fecundas en algazara y escesos lamentables que propias para recordar las virtudes del austero Precursor.

Era la noche serena y la temperatura benigna: innumerables estrellas tachonaban el firmamento, riellando en el azulado espacio, así como desde lejana distancia brillantes luminarias indican al viajero la grandeza de la ciudad magnífica en que podrá tomar posada. La hija sin ventura apartando su consideración de la tierra cuyo bullicio aumentaba sus pesares, fijaba los ojos en la bóveda celestial donde sus fuerzas agotadas parecían encontrar consuelos misteriosos para no desfallecer enervadas por el sentimiento.

Su madre continuaba sumida en soporoso letargo; ningún remedio podía suministrarla: vendría el día siguiente y ambas mujeres se hallarían en igual situación. Pronto aquel miserable cuarto abrigaría dos cadáveres. La mas anciana traspasaría los límites de la vida sin conocimiento ni queja, auxiliada por la de menos años, y luego esta, como

el pesar y la necesidad matan con mucha lentitud, se iría consumiendo cual una lámpara falta de alimento.

Aun podrá dilatarse algunas horas el principio de la catástrofe, pensaba Carmen anudando el hilo de sus lúgubres reflexiones; vendiendo el resto de mi cama, conservado con trabajo hasta hoy, podré adquirir mañana la medicina recetada, comprar algun sustento y esperar luego que se cumpla la voluntad de Dios. ¡Oh, algunas horas de ventaja son un tesoro precioso en semejantes circunstancias!

En esto doña Paz pareció volver en sí; la respiración era menos agitada y había recobrado el conocimiento. Llamó á su hija, sin dar muestras de haberla echado antes de menos, pidió agua, sonrió al ver á Carmen, cerró los ojos y quedó nuevamente sin sentido.

—Esperemos, dijo Carmen, sentándose á la cabecera.

Así permaneció un corto rato hasta que oyó tocar con suavidad á la puerta. Levantóse y abrió desde luego creyendo seria alguna vecina que antes de recogerse deseaba saber el estado de la enferma. Pero quedó sorprendida al encontrarse con un joven decente que la saludaba con respeto diciéndola al mismo tiempo:

—Disimule vd., señorita, el atrevimiento de presentarme en su casa por primera vez á hora tan fuera de costumbre, sin tener el honor de contarme en el número de sus amigos; aunque juzgo mereceré indulgencia cuando sepa que soy el escribiente del señor Garduña, y habiendo presenciado á pesar mio, la escena indigna ocurrida hace poco en su despacho, estoy en el caso de apreciar lo crítico de las circunstancias.

—¡Ah! todavía mas humillación.

—Suplico á vd., señora, escuche con serenidad un momento, porque voy á ser breve, retirándome al punto que alcance de vd. un pequeño favor.

—Valgo muy poco para serme posible favorecer á nadie.

—Puedo ofrecer á vd. una pequeña cantidad, casi nada, cien reales solo: recíbala vd. como préstamo hasta mejorar de fortuna y he conseguido cuanto me había propuesto.

—Pero yo no debo admitir de quien no conozco, ese dinero que tampoco sé cuando podría devolver.

—Esos no son inconvenientes, señorita; nos conocemos lo bastante, puesto que sabemos somos pobres entrambos, porque no hay duda que lo somos ¿para qué negarlo? y estamos obligados por analogía de posición á favorecernos mutuamente. La suma que ofrezco á vd. es el principio de los ahorros que destinaba á comprarme una capa en el próximo invierno; si no puedo adquirirla este año, pasaré sin ella lo mismo que los anteriores.

—Gracias, caballero, gracias; tan generoso ofrecimiento honra su noble corazón y es de precio inestimable para mí, aunque me vea imposibilitada de aceptarle; porque vd. tendrá padres, familia á quien deba el fruto de su trabajo. Sin embargo, sírvase vd. honrar mi pobre cuarto descansando en él algunos instantes.

—Si haré, señorita, pues veo será necesario para convencerla, mayores esplicaciones que merece el asunto. Por desgracia, no tengo mas familia que un hermanito á quien doy educación lo mejor que puedo. Vivimos con una tia lejana á quien pago ocho reales diarios por el hospedaje de ambos, de medio duro que gano en casa de don Tadeo trabajando diez horas al día. Nuestro padre era un profesor de ciencias médicas á quien perdimos hace algunos años, obligándome su muerte á dejar abandonada mi carrera á la mitad por atender á la subsistencia de los dos. Bien hubiese querido la respetable anciana que nos dió aloja-